

Literatura y persona

Antonio Blanch

Crítico literario. Profesor. Director del Instituto Fe y Secularidad

En la gran variedad de saberes y disciplinas académicas, la literatura suele considerarse como una ciencia blanda, de fácil acceso y de cómoda asimilación. De hecho, en un programa escolar no se suele suspender esta asignatura. Además, fuera del sistema educativo, la literatura es entendida como un entretenimiento, una ocupación para el ocio, como lo son también el cine o el deporte. Y sólo cuando es tomada por un pequeño grupo de expertos como una ciencia del lenguaje y son estudiadas sus obras metódicamente, mediante una serie de precisos análisis lingüísticos, estructurales o estilísticos, la literatura adquiere toda la entidad de una compleja disciplina, que exige una iniciación especializada, comparable a la de cualquiera otra ciencia dura.

Pues bien, a nuestro parecer, ninguna de estas dos acepciones, la blanda o la dura, acierta a entender y estimar la literatura en su esencia humanista, en su sustancial referencia a su contenido personal y personalizante. Pues si se entiende sólo como un entretenimiento, la obra literaria se banaliza, al dejar de actuar en el lector como una exigencia de conocimiento profundo; y cuando, desde el otro extremo, el estudio literario se convierte en un simple instrumento de análisis científico, también corre el peligro de quedarse en las complejas formalidades de los significantes, olvidando realizar una plena comprensión de sus significados más profundamente humanos.

Ante tales deficiencias, que consideramos graves, demasiado frecuentes en nuestro tiempo, quisiéramos proponer en estas páginas unas sencillas reflexiones que puedan ayudar a recuperar el profundo sentido humano de la obra literaria, tanto por ser producto de las funciones creativas, de las que está dotado el espíritu humano, como por haber sido siempre uno de los medios culturales más imprescindibles y eficaces para expresar los valores y contravalores de la persona o de las colectividades humanas.

A. Profundo sentido humano de la creación literaria.

La acción de crear estéticamente una obra merece ser tenida como una de las más prodigiosas y enigmáticas que el hombre puede realizar. Mucho se ha estudiado ya el fenómeno de la inspiración así como los condicionamientos psicológicos que propician una acción tan singular. Nosotros aquí no vamos a entrar en estas consideraciones sobre el origen y la génesis de la creación artística. Quisiéramos sólo llamar la atención sobre el acontecimiento, profundamente humano, que se produce por el hecho que un lector acoja y comprenda como algo realmente vivo la obra que un autor ha concebido, gestado y elaborado hasta llegar a sus formas más externas, quizás a una distancia de siglos del momento en que se recibe. Debido, en primer lugar a

las virtualidades de toda lengua, pero sobre todo a la manera muy particular con que el artista ha sabido seleccionar y organizar todos los elementos de esta lengua según su estilo propio, una obra literaria de una cierta importancia conserva para quien sabe comprenderla toda la fuerza expresiva que acertó a darle su creador.

Pues bien, este singularísimo acontecimiento comunicativo, como todo verdadero diálogo interpersonal, es un encuentro real entre dos personas, el autor y el lector, que, gracias al milagro virtual de unos signos alfabéticos, se entregan el uno al otro intencionalmente para completarse y enriquecerse en su propia realidad personal. El autor, en efecto, ha verificado todo el proceso creativo y expresivo pensando en un lector ideal, cuya existencia culminará el maravilloso acto de comunicación que es la escritura literaria. Pensando en ese lector ideal —y a veces dialogando con él dentro de su fábula— ha ido dejando su obra abierta o incompleta, con muchas sugerencias y resonancias implícitas para que vaya siendo completado a gusto del consumidor. Por su parte, ese lector ideal se irá entregando paulatinamente a la oferta y provocación de la obra: a ella dedicará no sólo su tiempo sino su atención más fina, de modo que su mente y su corazón vayan abriéndose también, en una auténtica e íntima correspondencia personal.

De seguir desarrollando estas sugerencias, habría que ahondar en el fenómeno primario del habla como proceso personalizante. Todo autor literario, al elegir la palabra como medio de expresión de vivencias muy personales, asume un compromiso de amplio alcance, no sólo en relación con sus eventuales lectores, sino antes que nada consigo mismo. Ha descubierto, en efecto, las extraordinarias posibilidades que tiene la palabra para transparentar, de una forma diáfana y eficaz, lo que en su interior está experimentando como algo intenso pero todavía confuso. Y, dotado como está de un cierto talento artístico, va descubriendo además que el lenguaje recibido no es sólo un frío instrumento de información sino que, al ser modulado retóricamente y al ser asumido como algo que puede adaptarse maravillosamente a los matices personales de su propio modo de sentir e imaginar, las palabras que van surgiendo de su pluma resultan cada vez más vivas y, por lo tanto, cada vez más interesantes también, más atractivas y provocadoras, para lo-

gar que el lector se implique más personalmente en lo que él está creando con su escritura. En este sentido podría decirse que toda obra literaria es una carta íntima, muy sentida y cuidadosamente redactada —una carta de amor tantas veces...— entre dos personas que se desconocen pero que no dejan de buscarse.

Y esta última reflexión nos lleva a fijarnos, una vez más, en el lector ideal de una obra literaria. Porque también descubrimos en él un notable proceso personalizante, al elegir tal lectura y no otra, al asumir libremente la tarea de adentrarse en un texto, muchas veces enigmático a primera vista, que exigirá tiempo, atención y unas buenas dosis de energía personal, hasta lograr el encuentro. Pues, como ya insinuábamos, el libro es el lugar de un verdadero encuentro, un acontecimiento de mutua entrega personal, que se verificará de formas muy diversas según sean las circunstancias del lector (su grado de interés y de atención indagadora), o el propio estilo del libro, o la capacidad seductora del desconocido autor, cuyo testimonio personal palpita entre nuestras manos.

Ante la obra de arte, no basta la ingenuidad acrítica, pero tampoco es suficiente una simple racionalización científica, sino que se precisa llegar por empatía y por intercambio de horizontes vitales, a una comprensión que actualice el acontecimiento creador y sea acogido creativamente también por quien la recibe. Lo cual quiere decir, entre otras cosas, que la obra de arte no puede someterse a las leyes del mercado —por desgracia dominantes en nuestra vida cultural—, ni a los estudios de producción y de consumo. No, la literatura no es un producto para el consumo pasivo según las modas, sino que debe situarse en el más alto nivel de aquellas obras del espíritu humano que reclaman una recepción participativa y responsable. Leer un libro, artísticamente creado, es asumir una responsabilidad personal frente al creador, pero también ante sí mismo. Y esto es lo que deberían entender, muy especialmente, todos los llamados profesores o maestros en literatura, para que lograran que se estudiaran las obras, especialmente las obras maestras de nuestra tradición occidental, como algo actualmente todavía muy válido si se acierta a acogerlas personalmente y comprenderlas como lecciones vivas de humanidad.

B. La literatura cumple una función irremplazable: evocar los mitos de la tribu.

Terminábamos el párrafo anterior señalando que las buenas obras literarias pueden y deben acogerse como «lecciones vivas de humanidad». Ampliemos algo más esta sugerencia. Por su misma naturaleza, todo lenguaje artístico amplifica, intensificándola, la realidad que se ha experimentado de una manera especialmente profunda. Lo que suele llamarse «inspiración» no es otra cosa que esa mayor claridad o esa forma más sobrecogedora de captar un fenómeno concreto de la vida humana. Fenómeno que, por su especial naturaleza vivencial, resulta enigmático a la razón, y se resiste a ser conceptualizado. El artista inspirado entonces —como ocurre también con el profeta religioso— debe acudir a formas expresivas no reflexivas ni argumentativas, a palabras o imágenes verbales que expresen metafóricamente esos sentimientos profundos que no logra explicar de otra manera. Pues bien, a esas grandes imágenes o símbolos originales, a esos relatos primitivos transidos de fantasías, es a lo que llamamos mitos literarios.

Los mitos, aun los más arcaicos, transmitidos al principio sólo oralmente y de forma anónima, eran ya literatura. Es más, son el origen más remoto y auténtico de lo que luego se convertirá en obras escritas, mucho más desarrolladas. Y no se olvide que el lenguaje mítico no es sólo propio de las culturas primitivas, sino que ha seguido estando en vigor a lo largo de la historia de manera muy persistente, como queriéndonos indicar la importancia irremplazable de su función educativa. Ciertamente, algunos de aquellos mitos más antiguos se transformaron, al correr de los siglos, en poemas épicos y luego en leyendas. Pero, ya desde el primer Renacimiento (del siglo XIII), la cultura occidental descubrió el valor profundamente normativo de tales imágenes pri-

mordiales y elaboró poemas y relatos a partir de aquellos símbolos y esquemas narrativos. Años más tarde, también puede descubrirse en la novela moderna, sobre todo en sus obras más significativas, la presencia, implícita muchas veces, de esos mismos grandes mitos heredados de nuestros antepasados más remotos. Habiéndose descubierto, por último, que la razón de esa persistencia no es sólo la fidelidad a una tradición milenaria, sino el hecho misterioso de que tales imágenes parecen anidar en un supuesto subconsciente colectivo. Pues bien, desde este supuesto puede afirmarse también que las mejores obras de la literatura están impregnadas de humanidad, desde su mismo núcleo generativo.



No son, por consiguiente, simples artificios formales, a veces de gran belleza, ni hermosas adivinanzas lingüísticas, que nos interesan sólo para saber cómo acaba la aventura de un agente narrativo o la de sus oponentes funcionales..., sino que son densas construcciones expresivas, elaboradas desde la entraña de un autor o de un pueblo, que por lo mismo comunican una gran carga de humanidad, la cual

hay que saber descubrir, acoger y eventualmente explicar a los demás. Entonces la lectura atenta de estas obras será una magnífica ocasión para reaccionar personalmente a las grandes cuestiones que plantean esas aventuras dramáticamente humanas, referidas a nuestra propia identidad personal o a nuestras responsabilidades frente a las demás personas. Y junto con ello, la aludida referencia persistente a los grandes símbolos y argumentos más arcaicos y profundos, reforzará nuestra conciencia de pertenencia a unas tradiciones humanas que fundamentan nuestra cultura, nuestra lengua y nuestra patria, es decir, el hábitat espiritual y material donde nace y se desarrolla nuestra existencia personal. Y como complemento necesario a ese enraizamiento, la gran literatura, como ocurre también con el mejor arte de todos los tiempos, comunica tam-

bién, para quien sabe detectarlo y acogerlo, una especial fuerza de comunión humana, de alcance universal, más allá de los límites lingüísticos, nacionales o étnicos. Todo lo cual, como bien puede entenderse, no es más que una confirmación, desde diversos ángulos, del gran poder educativo y personalizador que posee la buena literatura, la de los clásicos antiguos y modernos sobre todo, para el lector ideal.

C. Temas y argumentos literarios en torno a la identidad

Unas pocas líneas más arriba indicábamos cómo la literatura va planteando, en dosis más o menos sustantivas, las grandes cuestiones de la existencia humana. Veamos ahora más en particular algunos de estos temas más importantes para la personalización del individuo, en su doble aspecto de su propia identificación y de sus relaciones con los demás.

Muchos son los grandes poemas líricos y las obras narrativas centradas en un yo autónomo, que van desentrañando de forma admirable el lento proceso de la interiorización del sujeto. Cómo el individuo va poco a poco despertando a la presencia envolvente de un mundo humano, en el interior de la fría inmensidad del cosmos material y enigmático. Uno de los argumentos básicos de esta literatura consiste en ir mostrando las maravillas, pero también los desencantos, que ocurren en esa toma de conciencia desde lo más material y carnal a lo auténticamente espiritual, es decir a lo más luminoso del autoconocimiento y del uso de la libertad. Es para muchos autores un gozo extraordinario el poder ir reconociendo concretamente el sí mismo personal, la grandeza del alma y el fervor entusiasta del corazón humano. Y así hasta llegar en ocasiones a la absolutización de ese yo único, como hicieron, por ejemplo, Hölderlin o Juan Ramón Jiménez. Aunque, por contraste, resulta también la más triste de las situaciones anímicas, muy frecuentemente cantadas por los poetas, el sentir neutralizadas trágicamente las propias fuerzas expansivas, tal como lo expresaron insistentemente los románticos y entre nosotros, de un modo muy especial, Miguel de Unamuno.

Resulta también frecuente en la literatura moderna el relato, un tanto escéptico, pero muy cir-

cunstanciado, del sujeto que ha perdido o no ha podido hallar sus propias señas de identidad (J. Goytisolo), o ese otro sujeto que, en unos ambientes de gran prosperidad externa, se descubre a sí mismo como un hombre sin los más básicos atributos humanos (R. Musil). Hasta llegar, en casos extremos, al abandono hostil del yo, cerrado obstinadamente sobre sí mismo (J.-P. Sartre).

Pero, frente a tales representaciones, algo siniestras aunque vividas a veces muy seriamente por algunos autores, la literatura de corte autobiográfico también nos ofrece magníficos ejemplos de sujetos que hacen de la soledad el lugar de su recuperación personal (Luis de León, Antonio Machado) y la circunstancia mejor para sus finísimas confidencias (desde Teresa de Ávila, Montaigne y Rousseau hasta Virginia Woolf, Rosa Chacel o Doris Lessing)

También la literatura del sujeto, sobre todo en el siglo xx, ha sido muchas veces brillante por las representaciones del juego interior de los desdoblamientos y de las falsas imágenes del sí mismo personal nunca del todo reconocido. Recuérdese el recurso a los apócrifos y heterónimos, tan del gusto de Pirandello, A. Machado y Pessoa. Pero, acaso más interesantes y ciertamente más dramáticas que esos juegos especulares, nuestro siglo ha sido pródigo en oscuras aventuras por las galerías del subconsciente, realizadas por sujetos que terminan perdiéndose en este mítico laberinto. (Así Joyce, Kafka, S. Beckett, Borges y tantos otros).

Aquí es donde se situaría el llamado anti-héroe moderno, que ya fuera imaginado por Dostoyewski, como hombre marginado en el subsuelo de nuestra civilización, y que ha sido frecuentemente reproducido por algunos de los autores antes citados y por otros muchos, los cuales no pretenden tanto pintar la tragedia de las víctimas de la opresión o del sujeto vacío de su sustancia personal, cuanto hacer de la parodia y el sarcasmo un medio eficaz para reivindicar la identidad abusivamente reprimida de sus personajes (Así lo intentaron, por ejemplo, Günter Grass, Heinrich Böll, Saul Bellow o Milan Kundera)

Pues bien, en todos los ejemplos aludidos lo que está en juego es la gran cuestión sobre la identidad personal, que unas veces aparece como afirmativa y hasta gozosa, y otras muy deformada y desgraciada. Ante tales obras, el lector debe acertar a sintonizar con los personajes, intentar

descubrir las causas por las que han llegado a una u otra situación existencial y, antes de formular una fácil sentencia aprobatoria o condenatoria, reflexionar sobre la profunda verdad que a través de tales ficciones se nos está comunicando: la grave responsabilidad que a todos nos incumbe de ir asegurando el interminable proceso de formación de nuestra propia identidad personal, y de ir también favoreciendo, lo más y mejor posible, el de nuestros semejantes. Sobre esta inexcusable relación de la persona con sus semejantes, vamos ahora a detenernos más en particular.

D. Temas y argumentos literarios en torno a la alteridad.

«C'est l'autre qui nous fait être nous mêmes», repetía Emmanuel Mounier. En efecto, es inútil pretender la autorrealización personal por el ensimismamiento o acentuando crispadamente nuestra autonomía. El sujeto humano es un ser esencialmente relacional y es por su apertura al otro como logra finalmente salvar su propia identidad. Pero, para poder realizar un auténtico tránsito desde su yo más íntimo hasta el del otro, el individuo tendrá que cruzar un campo erizado de dificultades. Y ahí es donde muchísimas obras literarias toman pie para lanzarse a narrar sus dramáticas aventuras. Ya no se trata de presentar un héroe que, para conseguir su misión, tiene que vencer obstáculos y enemigos exteriores, sino de un sujeto que se siente amedrentado ante lo ajeno, desconocido y oscuro de otra persona: el tú enigmático del otro con quien quiere y desea relacionarse personalmente. Y no digamos ya el espanto que genera este salto cuando se trata no de abrirse a una persona, sino a lo otro más o menos trascendente, que se presiente como una notable pérdida del sí mismo. Nos referimos, naturalmente, a todo lo que tiene que ver en esta vida con el misterio del más allá (religioso o no), con la muerte o con el inquietante presentimiento de la nada.

Desgraciadamente son demasiadas las obras literarias (o las películas) que, ante estos saltos más trascendentales y aun ante los de la verdadera entrega de un yo a un tú nunca conocido del todo, generan sentimientos de inhibición y desconfianza. Pensamos efectivamente que son abusivas las obras pensadas expresamente para

provocar el miedo, que hoy parecen estar de moda; cuando lo que convendría sobre todo estimular es la confianza y la valentía de la entrega a los demás. Sobre todo en los argumentos amorosos, tan pródigamente desarrollados en poesías, novelas, películas y telefilmes sin cuento.

Efectivamente, quizás sea el amor el fenómeno humano donde mejor puede realizarse la necesaria alteridad de un sujeto, aunque por desgracia también suele representarse artísticamente la vida amorosa como el lugar donde tal alteridad fracasa o no llega a verificarse satisfactoriamente. Vivimos en la época de la desconfianza y del egoísmo. Y, en consecuencia, resulta muy costoso realizar una verdadera entrega al otro, a quien seriamente se busca y se desea y quien, a su vez, nos desea con radical voluntad de donación. Esa es la esencia del amor: el firme deseo de una mutua entrega interpersonal, y por lo tanto también de una mutua acogida, que por ser total no podrá ser fácilmente destruida.

Reconozcamos que también la literatura de todos los tiempos ha ofrecido ejemplos maravillosos de lo que puede llegar a ser un amor colmado y generoso. Y, entre todos los géneros, ha sido la poesía lírica la que mejor ha acertado a cantar, idealizándolo, ese íntimo y duradero encuentro interpersonal. Recordemos sólo los escritos poéticos del Dante o de Petrarca. Pero, no es preciso remontarse tan arriba ni tan lejos: en el siglo XX no faltan en España intensos y delicados trovadores del amor, tales como J.R. Jiménez, Pedro Salinas, Miguel Hernández, Luis Rosales... La ternura intelectual de Salinas, por ejemplo, se afina en los pronombres yo-tú, para hacernos sentir la trascendental aventura del deseo y del encuentro: «Por detrás de ti te busco...» (en *La voz a ti debida*)

Pero, junto al estímulo espiritual que nos ofrecen estos y otros muchos líricos del amor, surge con fuerza perturbadora el impresionante caudal de dramas en que el amor resulta imposible o, si ha llegado a lograrse, fácilmente degenera en conflicto pasional o en tragedia. Parece como si la literatura hallara en las dificultades del amor, más que en sus logros, una más copiosa e interesante fuente de inspiración. El tema del rival o el de los celos han ofrecido desde muy antiguo argumentos muy patéticos a la narrativa y al teatro (hoy también al cine). La persona humana, se desencaja por la violencia de las pasio-

nes, y lo que comenzara como un feliz encuentro de amor entre dos personas, se degrada rápidamente, para terminar muchas veces en destrucción y muerte. Así son muchas de las fábulas amorosas que se nos sigue hoy suministrando, no sé si para ejemplo y escarmiento, o más bien porque en parte nos reconocemos más fácilmente en ellas. Tan pesimistas somos y desconfiados en los asuntos del amor...

Quizás no corran tiempos en los que quepa esperar duraderas relaciones de amor que rocen lo sublime; pero no por ello deberíamos asumir como moneda corriente lo que se nos ofrece con tanta insistencia y lo que consumimos ya casi sin alterarnos: que el amor es casi siempre efímero y pasajero, y además conflictivo por naturaleza. Acostumbrarse a vivir nuestras relaciones de amor y de amistad o a juzgar las de los demás, según estos criterios que la literatura y el cine nos suministran, sería abdicar en nuestra estima de lo que es ser persona para los demás. Sería también descalificarse para vivir lo más maravilloso que puede realizar el ser humano para sí y para los otros, la generosidad y el don gratuito de sí, y caer en el más aberrante de los egoísmos.

Por fortuna, la literatura y el cine también nos presentan relatos y personajes cuyas vidas están guiadas por ese otro tipo de alteridad que se llama servicio al prójimo. En la edad moderna y, gracias a la intensa toma de conciencia de lo que son las estructuras sociales y la creciente masificación humana, no han sido pocos los escritores del realismo y del neorrealismo que han insistido en la necesidad de luchar contra los egoísmos y la injusticia, incitando al compromiso social y político. Con lo cual el arte está también cumpliendo con su función educativa y personalizante, al recordarnos de muchas maneras y a veces con brillantes historias dramáticas y hasta heroicas, la necesidad de atender y respetar a los demás, en situaciones de marginación y abandono.

Aquí cabe mencionar, a modo de elemental recordatorio, las magníficas novelas sociales de un Balzac, un Dickens, un Tolstoi o un Pérez Galdós y, ya en nuestro tiempo, los no menos maravillosos relatos de tantos autores latinoamericanos, que nos están narrando la aventura épica de aquellos pueblos, autores tan significativos

como Arguedas, Azuela, Carpentier, Asturias, Vargas Llosa, García Márquez, Rulfo, Roa Bastos y tantísimos más.

Y sin salirnos de este dinamismo tan personalizante que es la apertura y la entrega generosa a los otros y a lo otro, convendría también señalar, aunque sólo sea como una insinuación final, la importancia que ha tenido y debe seguir teniendo ese otro tipo de literatura que fomenta la imaginación y nos invita a soñar en otros mundos mejores, por medio de esas utopías que, al rechazar situaciones injustas, proponen todavía como posible unas formas de convivencia humana más justa y más auténticamente feliz. El mito del paraíso perdido, al que tan asiduamente se alude aun en obras contemporáneas, contribuye también a que no se olvide del todo la fuerza incontenible de la esperanza humana.

Tal vez haya un cierto pudor hoy día en algunos escritores actuales que no acaban de tomarse en serio este tema tan profundamente humano de la apertura a la trascendencia. Parecen desconocer que las raíces de ese deseo permanecen latentes en lo hondo de tantos deseos frustrados como se nos presenta en muchas obras, o en tantas evasiones fantasiosas con las que pretenden distraer la profunda insatisfacción o el aburrimiento del público. Ante tantas páginas que no ofrecen más que diversión (olvido de la realidad) o ante tanta ligereza espectacular como la que brilla en nuestras pantallas, habría que saber descubrir el fondo de escepticismo y desesperanza que se pretende anestesiar con ese tipo de arte. Si acertáramos a detectar ese fondo oscuro de tristeza y frustración detrás de esa afición generalizada por lo evasivo y fugazmente excitante, no podríamos menos que reaccionar críticamente e intentar promover con lucidez una literatura que, sin perder calidad artística, ayudara más eficazmente a superar tanta insatisfacción interior y tanto conformismo deshumanizante. Y decimos esto porque estamos convencidos de que una seria consideración sobre el valor de la persona —que es lo que hemos pretendido sugerir en este breve artículo— no se merece una tal anulación sistemática de esos componentes esenciales del hombre que son, junto con el amor, la fe y la esperanza.